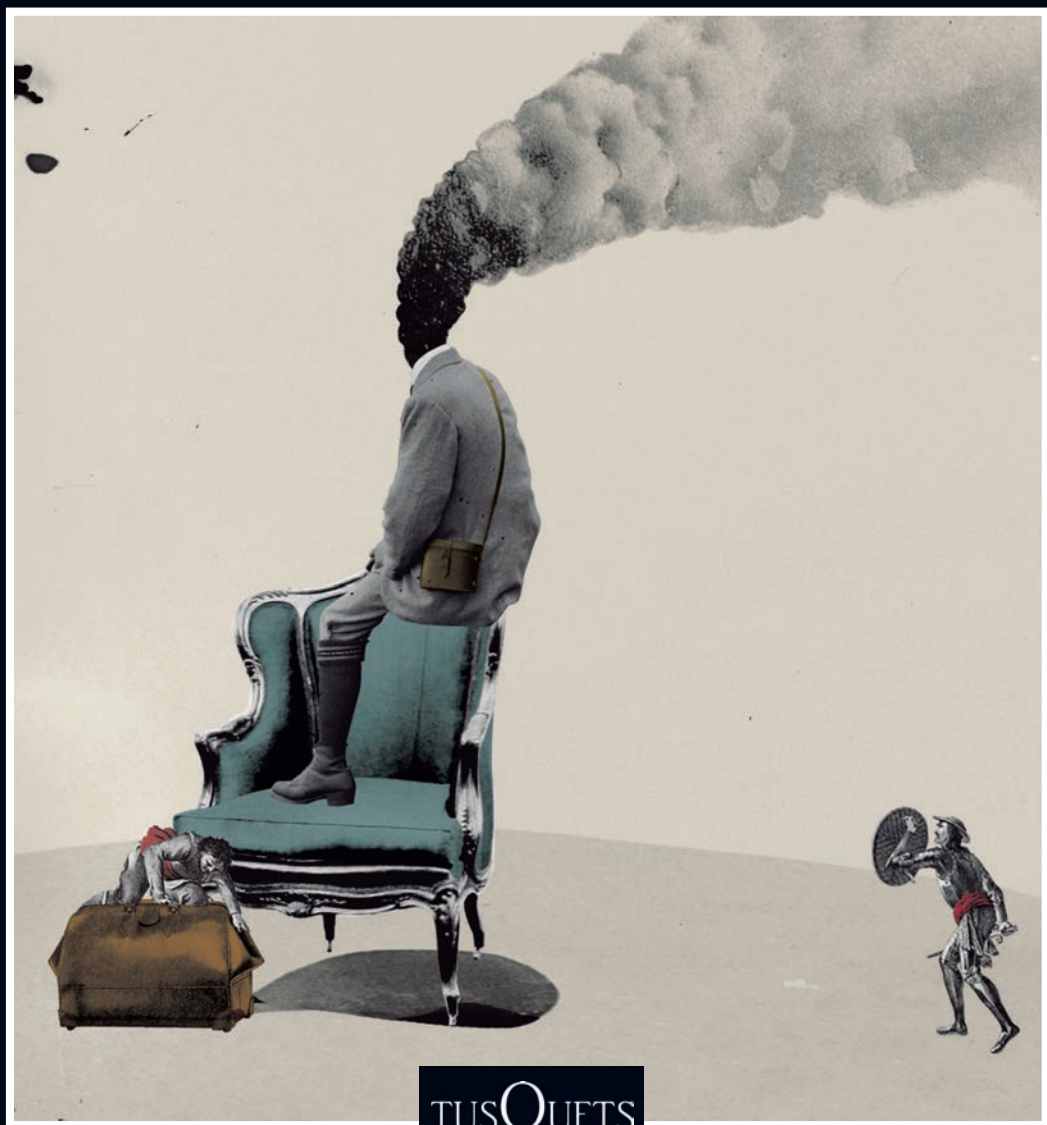


Rafael Reig

SEÑALES DE HUMO

Manual de literatura para caníbales I

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL REIG
SEÑALES DE HUMO
Manual de literatura para caníbales I

1.^a edición: mayo de 2016

© Rafael Reig, 2016

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-284-7
Depósito legal: B. 5.881-2016
Fotocomposición: Moelmo
Imprenta: Huertas Industrias Gráficas, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Este dolor en las articulaciones...	13
1. Una mano en la pared	19
2. Clérigos contra juglares	51
3. Una voz junto al fuego	87
4. El último centauro medieval	121
5. «Noli timere»	157
6. La invención de los intelectuales	177
7. Lo inesperable	211
8. Un arcipreste responde una carta	251
9. Un bel morir	271
10. La dificultad de ser otro	285
11. Relámpagos en zigzag	305
12. Vale más de tu jabón la espuma	345
Epílogo	373

1
Una mano en la pared

*Of all the barbarous middle ages, that
Which is most barbarous is the middle age
Of man! It is—I really scarce know what.*

¡De todas las bárbaras edades medias,
la más bárbara es la mediana edad
de un hombre! Es..., apenas sé lo que es.

BYRON, *Don Juan*, canto XII

En el nombre de la santa Trenidat, Padre, Fijo, e Spíritu Santo, tres personas e un solo Dios verdadero, sin el cual cosa nin puede ser bien fecha, ni bien dicha, començada, mediada, nin finida; eso iba diciendo en mi interior, y supe de inmediato que estaba en el año 1453, en el reinado del muy prepotente don Juan el segundo, y era el 28 de mayo. Llevábamos demasiadas horas doblando el lomo y removiendo tierra con la azada. Sabía que mi compañero, Marcos Gómez, era sanguíneo, que es una de las cuatro complisiones de los hombres, según sus cualidades e la constelación de sus planetas, siendo yo en cambio malenconioso e por ende triste, pensativo e muy dado a hablar en susurros. A Marcos le correspondía el aire, húmido e caliente, e por ende de toda alegría es amigo e ríe de grado, e toma plazer con toda cosa y en el su coraçón reyna la piedad; a mí, en cambio, diéronme los astros el cuarto elemento, la tierra, fría e seca, e que hace por lo mismo a los malencónicos dar tantas veces de la cabeza a la pared y así vivimos tan sin tiento nin mesura.

El castillo ya hacía sombra sobre el suelo y en el pico de La Jarosa el sol poniente cubría de sangre el negro pinar. Sabía el nombre de aquellos montes, conocía aquellas matas y el tamaño que bajo tierra habrían alcanzado las cebollas, y me daba cuenta, sin poder explicarlo todavía, de que se había producido una intersección, *quasi dicat*, como si dijera, una confluencia entre mis nervios y los de aquel pechero medioeval en cuyo cuerpo estaba alojado, Antón, hijo de un arcipreste al que llamaba

tío. Por eso sabía leer y escribir en latín y en romance, mientras que Marcos era un destripaterrones corpulento y tenía un ojo glauco, cubierto por un velo grisáceo. A mí, con dieciocho años, me faltaban dos piezas dentales y no podía dejar de comprobarlo con la lengua cada pocos minutos. Arranqué una vaina que estaba abierta y Marcos se santiguó incontinenti: era cosa de brujas, que se las llevaban para sus conjuros y pronósticos. Por eso decíamos que eran habas contadas cuando algo no tenía remedio, como si una de ellas lo hubiera leído y calculado en las habas sobre la palma de su mano. En la vaina en cambio las habas eran inofensivas y sin complicaciones: por eso Marcos soltaba la risa cuando le decían que era un bavioca y más simple que una mata de habas. Con todo el cuerpo, así se reía Marcos, como si estornudara; sus mandíbulas provocaban una agitación que se transmitía de la barriga a los pies, de las manos a las asentaderas. Ni él ni yo (hago referencia al cuerpo de Antón Sánchez, en el que residían entrelazados nuestros haces nerviosos) habíamos ido nunca más allá de lo que alcanzaba la vista, unas seis o siete leguas; ni lo echábamos de menos, aunque nada nos gustaba tanto como escuchar a quien venía de lejos. Los viajeros contaban historias nunca oídas y todo lo maravilloso sucedía siempre en tierras lejanas.

—¿Sabes que mañana se acaba la Edad Media? —se me ocurrió decirle.

—La vida pasa como un soplo y no subsiste, pero tú aún eres mozo, Antón, y antes se acaba el diente que la simiente —meció Marcos los hombros y engrameó la tiesta.

—Se acaba esta forma de vida, Marcos. Alguien dejará abierta una poterna en la muralla y Constantinopla caerá en manos del Turco. Mañana mismo.

Volvió a santiguarse y dijo:

—A ti el sol te ha soltado los sesos.

—Mañana martes terminará todo. Después de muerto, el emperador Constantino Paleólogo será decapitado y los turcos se quedarán su cabeza embalsamada: nosotros sólo podremos enterrar un cuerpo sin rostro, ni siquiera habrá una frente

sobre la que hacer la señal de la Cruz. La imprenta de tipos móviles ya está funcionando en Mainz. Cristóbal Colón descubrirá unas Yndias equivocadas. Luego vendrá el Renacimiento, Marcos, y un día, gracias a la guillotina, todos seremos iguales e con los mismos derechos.

El humo de su ojo izquierdo se oscureció, casi endrino, áspero como una ciruela silvestre, y se puso a dar voces:

—¡Escupe, Antón, escupe! ¡Echa fuera de ti al Enemigo! Tú estás poseído, iarrodíllate, Antón Sánchez! —me ofreció dos dedos cruzados para que los besara como exorcismo.

—Comprobaremos que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, ya lo verás.

Arrojó al suelo la azada y echó a correr hacia el pueblo, dejándome allí de pie, solo, orilla el Manzanares, bajo la luz declinante del penúltimo atardecer de la Edad Media.

Salí corriendo sin mirar atrás, en dirección contraria, hacia La Camorza: Antón sabía adónde iba. La intersección de nuestros nervios me hacía ser aquel campesino sin dejar de ser al mismo tiempo el joven que agonizaba en Madrid, bajo el puente de la Castellana. Poco después las pegajosas jaras me azotaban las piernas y las zarzas me cubrían de arañazos, pero cada zancada cuesta arriba aumentaba las posibilidades de encontrar árboles, rocas, matorrales, cuevas, algo que no fuera aquel campo raso en el que todo quedaba a la vista. Fui ganando altura hasta que vi un prado, verde e bien sencido, lugar cobdiciadero para omne cansado, pero Antón no quería detenerse y seguía hacia un oscuro robledal, en el que no quería meterme, pero al que me empujaba la impaciencia de Antón. Él también tenía miedo, porque oía dentro de la cabeza un confuso rumor de oraciones en latín corrompido y jaculatorias en romance. Lo que más le asustaba no era que le persiguieran (nadie subiría de noche a la Peña Sacra, donde ya había druidas y brujas siglos antes de que Nuestro Señor Ihesu Christo nos redimiera con su sangre), sino lo que él en secreto deseaba encontrar entre aquellos robles de corteza plateada. Seguí adelante, temblándome la contera. No había linde ni cercado ni orilla, no podía

saber con qué paso dejaba de estar fuera y a salvo, o ya estaba dentro y en peligro; pero llegó un momento en el que supe que ya no podría hallar el camino de vuelta. Estaba en el corazón del bosque, dentro de una burbuja de tiniebla, donde no había horizonte, sino sólo un azogado cielo cóncavo que trastocaba arriba y abajo, delante y detrás, antes y después. Cada pocos pasos la luna centelleaba en el tronco de un árbol distinto, siempre muy separados entre sí, como trazando un camino imposible de recorrer, un trayecto en espiral que sólo conducía más adentro. Aquello era un laberinto, pues de sí mismo, ¿quién será capaz de encontrar la salida?

Oí una voz de mujer que cantaba en la oscuridad. Cesó el viento y los pájaros interrumpieron su vuelo, inmóviles, suspendidos en un firmamento de piedra; la luna ya no crecía, era un latido en vilo, como la gota de lluvia que nunca termina de caer de la hoja.

¿Qué faré, mamma?
*Meu al-babib est ad yana.**

Sonaba como si saliera de un cántaro de barro, muy hondo y muy oscuro, y parecía a punto de convertirse en grito, sin dejar nunca de ser canción.

Quise preguntar qué era lo que estaba cantando, pero me retuvo el hecho de que Antón sabía la respuesta y la canturreó en mi lóbulo frontal con un viejo romance:

Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va.

Había un humo rosado, un viento suave de atardecer deshecho entre los dedos, y entonces, junto a una piedra plana, la vi.

Aquella mujer estaba acuclillada, con el culo apoyado en los talones y las manos sobre las rodillas, sujetando la saya reman-

* «¿Qué haré, madre? / Mi amado está a la puerta.»

gada. Pensé que estaría orinando. O lo pensó Antón, ya no recuerdo. Llevaba un harapo pardo que la cubría de cuello para abajo y, en esa postura, parecía que su cuerpo estuviera metido dentro de una campana. Tenía el pelo negro, con reflejos de cobre, y enmarañado, y sus ojos luminosos titilaban como charcos en los que acabara de caer una piedra pequeña. Levantó la mano derecha mostrándome la palma. No supe si era un saludo, una señal o una amenaza; si me cerraba el paso o me invitaba a acercarme. Fue el sistema nervioso de Antón el que se puso en movimiento hacia ella. Mis propios nervios alzaron la mano derecha con la palma extendida.

Seguí a aquella mujer hasta que alcanzamos un claro del bosque en el que ardía una hoguera. Alrededor del fuego habría hasta veinte personas, jóvenes y viejos; unos tañían, otros cantaban y bailaban, y había tres ancianas que removían un caldero humeante. Reconocí el miedo de Antón: mi vida tampoco valía una arveja y sólo pensaba en mi casa e mi viña.

La mujer me invitó a sentarme a su lado.

—Soy Martina —me dijo, y apretó la palma de su mano contra la mía.

—Soy Antón —respondí.

Aún ahora, en esta apacible, alpina y tenebrosa clínica, y bajo el imperio hipnótico del doctor Borralló, puedo recordar al escribir el tacto y el contorno de su mano abierta, las líneas de su destino sobre las mías, apretadas unas contra otras, la voz nublada de Martina y la luz zodiacal* de sus ojos garzos.

El primer sitio al que me llevó mi abuelo Benito fue al interior de una cueva, hacia 1970, tendría yo unos ocho años. Él

* Esa vaga claridad de aspecto fusiforme que se ve ciertas noches, después del ocaso o antes del amanecer, inclinada sobre el horizonte. Así define el diccionario la luz zodiacal, aunque sólo la he encontrado en las pupilas de Martina.

era alcalde de Cangas de Onís y ya no iba armado, aunque conservaba en casa su Astra 400. Descendimos con ayuda de cuerdas y alumbrados por linternas.

Altamira la encontró por casualidad en 1868 un cazador que buscaba a su perro. Cien años después, en 1968, un grupo de jóvenes, al bajar al Pozu'l Ramu, descubrió unas pinturas en las paredes. Entre ellos se encontraba Celestino Fernández Bustillo, que murió a los pocos días en un accidente de montaña y en cuyo honor aquellas cuevas se llamaron de Tito Bustillo.

Bajo tierra, lo primero que atrajo mi atención fue lo que mucho más tarde supe que se llamaba el Camarín de las Vulvas. Se trata de un pequeño recinto cuyas paredes y techo están cubiertos de representaciones esquemáticas de genitales femeninos, dibujados con pintura rojiza sobre la roca.

Hasta un niño de ocho años se daba cuenta de que aquello eran chochos, voraces vulvas voladoras, bandadas de chuminos que oscurecen el cielo, rajadas, coños, algunos con vello púbico, entreabiertos; otros cerrados a cal y canto; todos iguales y al mismo tiempo cada uno diferente, único, inolvidable.

Después de mi suicidio, cuando desperté en la clínica de la doctora Cuétara, recordé que una de aquellas vulvas era la misma que vi pintada con spray en las Unidades-Yunta, antes de que apareciera la belleza fugaz de una viandante con gafas Ray-Ban (Emilia Montalvo, que me salvó la vida y se convirtió en mi esposa, y era enfermera en una pequeña clínica; por eso transportaba radiografías).

Aunque mi abuelo no me soltaba de la mano, al ver aquello me sentí en peligro, bajo el influjo de una amenaza que entonces era para mí de naturaleza desconocida.

¿Qué era aquella habitación? ¿Una cámara nupcial? ¿Una capilla? ¿Una colección semejante a la que atesoraba Tito, el de La Iguala? ¿Un altar de sacrificios? ¿Una sepultura?

Seguí recorriendo las galerías de la sima kárstica, contemplé la cúpula de La Cuevona, iluminada por una apertura cenital, vi ciervos, un reno, caballos al galope y aquel caballo negro que a veces sueño que pinto a lápiz en un cuaderno escolar.



Y de pronto me encontré con la mano.

Hace 20.000 años una mujer apoyó su mano derecha abierta sobre la roca caliza y, con una caña, sopló pintura roja sobre ella. Ahí seguía, tendida, ante los asombrados ojos de mis ocho años, conservada mediante una aleación indeleble de óxido de hierro, manganeso, arcilla, calcita, cuarzo, grasa de un animal y huesos calcinados.

Así empieza todo, gente del porvenir, chicas y chicos del Sansón Carrasco.

Quien haya visto en el macizo de Ardines el Camarín de las Vulvas no podrá negar la afinidad entre la pintura rupestre y el arte mingitorio. El impulso creador no es otra cosa que escribir tras la puerta de un lavabo JUAN ESTUVO AQUÍ, o TONI AMA A PAQUI, o LOLA LA CHUPA. El arte sólo es un nombre en un muro, un corazón en la corteza de un árbol, una mano en la pared.

Cuando el ingeniero militar aragonés Roque Joaquín Alcobierre excavó, a mitad del XVIII, aquellas dos ciudades que llevaban dieciséis siglos enterradas bajo la ceniza, Herculano

y Pompeya, encontró en todas las paredes centenares de pintadas parecidas:*

HIC EGO BIS FVTVI (Aquí follé dos veces).

HARPHOCRAS HIC CVM DRAVCA BENE FVTVIT DENARIO (Aquí folló bien Harphocras con Drauca por un denario).

RVFA ITA VALE QUARE BENE FELAS (Que te vaya tan bien como la chupas, Rufa).

RESTETVTA PONE TVNICA ROGO REDES PILOSA CON [NNVM] (Restituta, súbete la túnica y enséñame los pelos del coño).

Alguna más melancólica:

MESSIUS HIC NIHIL FVTVIT (Aquí Messius no folló nada).

Y otra más curiosa:

AMAT QUI SCRIBET PEDICATVR QUI LEGET (Ama el que escribe, al que lee se la meten).

Hay manos en todas las cuevas del paleolítico, como hay firmas en las paredes de todos los cuartos de baño.

Y algún número de teléfono. (Es Jorge, el más gamberro, el matón, el que se va a comer el mundo: siempre hay uno en todas las clases, vamos a llamarle Jorge. Trabaja después de clase en un taller, en un supermercado, en un bar. Lo dice mirando con intención a Cristina, la exuberante que tampoco falta en ningún grupo de gente del porvenir.)

Sí, también teléfonos. Pues ya puedes cansarte de llamar (Cristina, desdeñosa).

Son la misma «palabra contra el tiempo» de la que hablaba Antonio Machado: estuve aquí, fui, existí, y no quiero que muera conmigo el mundo mío.**

Quizá mi abuelo Benito, durante la campaña del Maestrazgo, pudo verlas en el barranco de Valltorta y volvió a encontrarlas más tarde en el Pozu'l Ramu. Quizá por eso quiso enseñármelas: manos abiertas y vulvas voladoras, caballos, bisontes,

* Se recogieron en el voluminoso libro *Inscriptionum parietariarum pompeianarum supplementum* (1909).

** De esa rebelión escribía Antonio Machado: «¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo, / la vieja vida en orden tuyo y nuevo? / ¿Los yunques y crisoles de tu alma / trabajan para el polvo y para el viento?».

ballenas, esa estrella que ahora vemos aún en el cielo aunque ya se apagó hace miles de años.

¿De quién son esas manos?

Las últimas dataciones efectuadas por Alistair Pike utilizando la técnica del uranio/torio aseguran que algunas pinturas de manos tienen más de 37.000 años de antigüedad. ¿Podrían entonces ser obra de neandertales? Juan Luis Arsuaga afirma: «Las elaboradas figuras de ciervos y bisontes, no creo; pero las siluetas de manos y los símbolos, ¿por qué no?»*

Lo más intranquilizador no es pensar que quien apoyó la mano en la pared fue aniquilado. No sólo él, eso es lo alarmante, porque si Arsuaga lleva razón, es el testimonio de toda una especie que desapareció, otra posible humanidad fallida, que se extinguió, pero antes quiso escribir en la puerta del lavabo: aquí estuve yo, amé, cacé, fabriqué puntas de lanza, tuve sueños que no se cumplieron.

No hay más que verlas, la inmensa mayoría son pequeñas manos de mujer.

Los primeros versos en romance también son voces de mujer. Nos hablan a diez siglos de distancia, aunque suenan como un susurro al oído. Son las *jarchas*, nuestra lírica rupestre, esa piedra lanzada al río del tiempo, la mano abierta contra la pared.

Cuando las escuché en la voz de Martina, vivas, centelleantes, llevaban desde el año 1000 entre nosotros, guijarros rodando, avena llevada por el viento, pavesas de una hoguera apagada.

Como tantas cuevas prehistóricas, las *jarchas* son un descubrimiento reciente y accidental. Samuel Miklos Stern estudiaba las *moaxajas*, unas composiciones en hebreo de origen árabe, cuando encontró en su interior el brillo inesperado de unos versos en romance: las *jarchas*. La publicación en 1948 del legendario artículo de Stern, «*Les vers finaux en espagnol dans les muwassabas hispano-hébraïques: une contribution à l'histoire du muwassaba et à l'étude du vieux dialecte espagnol mozarabe*», cambió por completo la historia de nuestra literatura. No exagera Alan

* *El País*, 14 de junio de 2012.

Deyermond al comparar las jarchas con la piedra Rosetta o con los rollos del Mar Muerto. Al año siguiente Stern encontró más jarchas en una moaxaja árabe y así, entre Stern y el arabista Emilio García Gómez, desenterraron la primitiva lírica popular románica, sepultada en composiciones cultas en árabe y hebreo.

De los sos ojos tan fuertementre llorando,
tornava la cabeça e estávalos catando...

Hasta 1948 así comenzaba la literatura española para generaciones de bachilleres: con la mirada atrás del Cid al partir hacia el destierro, con aquellos «uços sin cañados» y las «alcándaras vazías», y el encuentro en Burgos con la «niña de nuef años», la marisabidilla que le dice: «Cid, en nuestro mal vos non ganades nada».

Aquel enjuto y melancólico muchacho que fui ya tuvo que estudiar en COU las jarchas y sabía que nuestra literatura no empezaba con un monumental poema épico, sino con estrofas como pedradas; no con las gestas de un héroe, sino con la voz de una mujer; no en Castilla, sino en tierra de moros; no con batallas y ejércitos, sino con cuerpos desnudos que se buscan en la penumbra.

Sobre el rotundo pedestal del *Cantar de Mío Cid* casi no queda más remedio que construir una patria, una religión verdadera, el bien común, el orden social y todas las instituciones, himnos, banderas, jerarquías y potestades correspondientes. Sobre guijarros, piedras de río, cantos rodados; con una mujer que llora, canta, suspira y sólo quiere volver a abrazar a su *habibi*, ¿qué podría haberse levantado? ¿Qué paredes de humo, qué torres de niebla, qué murallas de agua?

Así no íbamos a ninguna parte. Por eso las jarchas permanecieron escondidas e incluso en mi libro de COU apenas eran una anécdota casi a pie de página.

En cierta película de Stanley Kubrick hay un primate que por primera vez utiliza una herramienta: hace palanca con un

hueso. 2001: *Odisea del espacio*, yo la he visto. (Jorge, otro Jorge, en veinte años de tarima en cada curso es el mismo muchacho condenado a ver cumplidas esas minúsculas ambiciones que le han dejado concebir: la moto Bultaco, la tele de plasma, el abono en el Santiago Calderón, el piso con ventanas de carpintería metálica que dan a un descampado; siempre resignado a desear tan poca cosa.) Ésa es la película, Jorge. Pues alguien utilizó también por vez primera nuestra herramienta más valiosa, una lengua romance, para hacer algo asombroso e inolvidable.

No fue un rey ni un guerrero ni un clérigo. Ni siquiera un hombre. Fue una mujer. Ni siquiera una dama, sino una cualquiera, sin patrimonio ninguno ni más autoridad que su cuerpo y su deseo, su dolor y su miedo. Tampoco utilizó su lengua romance como instrumento de poder, como sucede en la película, donde aquel hueso se convierte en la quijada de Caín. Sólo era una mujer que deseaba algo, aunque no sabía qué: por eso necesita la canción, el poema; para descubrir qué era lo que quería. Por eso lo inventa de una forma tan natural que no parece que se le ocurra, sino que le ocurre; que no dice, sino que es.

Tenía que ser cosa de brujas en torno a la hoguera, donde se reúne la perdida gente, las cautivas almas, los egipcianos a la deriva, sin hogar ni parroquia, ante los que sólo se abre, como ante los infelices Jorges, *«l'empire familial des ténèbres futures»*.*

«Al alborear los tiempos históricos...», así empezó su primera clase don Rafael Lapesa, a quien siempre recuerdo con una larga gabardina y una boina calada casi hasta las gafas con cristales de culo de vaso. Por tanto, como solía decir don Rafael,

* «El imperio familiar de las tinieblas futuras», Charles Baudelaire, *Les fleurs du mal*, XIII.

al alborear los tiempos históricos, había pueblos con un idioma común asentados a ambos lados de los Pirineos. Eran *homo sapiens*, los únicos supervivientes del género *homo* tras la desaparición de nuestros hermanos neandertales en esa guerra de la que nos habla el mito de Caín y Abel.

En levante estaban los iberos; al sur, la civilización tardesia o turdetana. Poco después llegaron los fenicios, en 1100 a. de C., y fundaron Cádiz. Tras ellos, los cartagineses. En el centro se establecieron los celtas y otros como los ligures. Los celtas adoraban a los ríos, de ahí los nombres Deva y Riodeva, cuya raíz es la misma del latín *divus* o *deus*. Celtas son los nombres de Alcobendas (de *alcovindos*, corzo blanco) y Coslada (de *cosla*, avellana).

¡Pues entonces mi abuelo es celta! (Jorge no podía dejarlo pasar. Su abuelo vive en Coslada, lisiado y medio ido de la cabeza, pobre Jorge y su taller mecánico.)

Tras la segunda guerra púnica vino la romanización, de la que sólo se libró el vascuence, y sobrevivieron unas pocas palabras prerromanas que aún nos hacen soñar: abarca, aliaga, barda, barro, charco, perro, rebeco, silo, sima y un no tan largo etcétera. Parecen iberas barranco o carrasca; celtas, légamo, álamo, beleño, puerco y toro, gancho y estancar.

Los romanos traían, no sólo el derecho, la oratoria y los acueductos, sino también la fantasía griega, que se enhebró con las divinidades locales: así se convirtió Diana en las *xanas* de las fuentes y ríos de Asturias.

La latinización fue inexorable: por testigos nos quedan Quintiliano, Séneca o Marcial. El latín clásico fue deslizándose sin embargo hacia el latín vulgar, la lengua hablada por quienes no podían leer a Quintiliano (es decir la inmensa mayoría) y fragmentándose en varios dialectos romances.

A partir del año 409 algunos pueblos germánicos (vándalos, suevos, alanos) cruzan los Pirineos. Poco después Alarico, visigodo, saquea Roma. Lo que habían intentado impedir los ejércitos de Germánico y Varo ya era un hecho: habían llegado los bárbaros.

Entre el siglo I y el IV fueron dejando su rastro en el latín vulgar, donde ya no había un *bellum*, sino una *werra*, y donde el casco se convirtió en yelmo, como el *helm* germano.

Los alanos fueron exterminados y los vándalos huyeron de la Bética hacia África, dejando su huella en los poetas sevillanos, que sufren hasta la fecha una propensión crónica a utilizar el sobrenombre de Vandalio. Luego llegaron los visigodos, empujados por los francos, que destruyeron su reino de Tolosa en el siglo VI. Al principio estos arrianos, antes de la abjuración de Recaredo, apenas se mezclaban con los hispanorromanos, a los que, en cuanto empezaron a hacerlo, expusieron a dos males pegadizos e incurables que arrastraban consigo desde su tierra de neblinas y tempestades: la inspiración épica y la idea de nación.

Mientras tanto, los mahometanos iban preparando su ejército, se avecinaban tiempos difíciles: en pocos años tomaron toda España. La épica nacional considera desde entonces los tiempos godos como el paraíso original perdido. La llamada Reconquista (por más que, como recordaba Ortega, hay que tener mucho tupé para llamar Reconquista a algo que duró ocho siglos, tras una conquista conseguida en sólo siete años) no fue una vida regalada. La *Primera Crónica General* señala que «los cavalleros et los condes et aun los reys mismos paravan sus cavallos dentro en sus palatios, et aun dentro en sus cámaras donde durmién con sus mugieres». Semejante promiscuidad (y acaso zoofilia), si bien permitía acudir sin pérdida de tiempo a los rebatos, ha dejado hasta hoy una impronta indeleble en las costumbres privadas de nuestras clases dominantes. Por lo demás, estaban muy arraigadas la venganza, la ordalía, la ejecución y el asesinato político o recreativo. En las escuelas monásticas, sin embargo, los letrados escribían cronicones y obras teológicas, y los monjes copiaban manuscritos.

El romance hispánico (en cualquiera de sus dialectos) se utilizaba ya en escrituras de propiedad o notariales, porque toda escritura es de propiedad: señala qué mundo es el nuestro, cómo nos lo imaginamos, cómo queremos transformarlo. También aparece temprano en las glosas de San Millán de la Cogolla o

de Silos, pero el primer uso literario de una lengua romance es el de las jarchas, un siglo antes que en el resto de España y de Europa.

Es obligado hacerse la siguiente pregunta: durante todos esos siglos, sin internet, sin tele, si un triste transistor de radio, aquellas gentes que araban los campos y pastoreaban ovejas, ¿no tuvieron coplas ni canciones con las que entretenerse?

Menéndez Pidal es contundente:* «los pueblos románicos no pudieron estarse sin ningún recreo literario medio milenio largo antes de ese siglo XI en que se suponen nacidas las literaturas neolatinas». Pidal ya defendía en 1919, con respecto a los juglares, la continuidad de una tradición popular que venía de la lírica romana y más atrás, de la lírica femenina griega. Las jarchas no hicieron sino comprobar sus teorías y permitirle ampliarlas.

Esa línea de continuidad en la cultura popular, aunque reprimida, aunque a veces oculta, aunque apartada de nuestra vista, es la que pretendemos trazar, uniendo varios puntos con una línea recta que llegue hasta vosotros mismos; porque tenéis que saber que se trata de una guerra y, hasta ahora, estamos perdiendo todas las batallas. También la historia de la literatura es una historia de lucha de clases. Clerecía contra juglares, poetas de corte y poetas de calle, *auctores* y anónimos, cronistas y bufones, intelectuales y cómicos de la legua, académicos galardonados y novelistas sin suerte.

—*Die Geschichte aller bisherigen Gesellschaft ist die Geschichte von Klassenkämpfen* —le susurraba a la gente del porvenir.

En alemán, desde que tuve conciencia de que el principal obstáculo para la enseñanza son los padres de los estudiantes, siempre más que dispuestos a presentar una reclamación en el Ministerio.

* *Poesía juglaresca y literaturas románicas.*

—Martina, Martina —repetía ella alzando su mano abierta y llevándosela luego al pecho izquierdo.

—Antón, Antón —respondía yo imitando sus gestos.

¡Tanto amare, tanto amare,
habib, tanto amare!
Enfermaron *olios nidios*
e dolén tan male.*

La que cantaba era una de las tres viejas que antes estaban en torno al caldero y ahora, sentada sobre una roca de granito, parecía decidida a partirse la garganta en dos, mientras Martina y yo seguíamos manoteando y pronunciando nuestros nombres.

¡Amanu, amanu, ya l-malib! Gare,
¿por qué tú me quieres, *ya-llah*, matare?***

Sentada en otra piedra cantaba ahora la segunda vieja con parecida voz de cristal partido. Mis ojos, acostumbrados ya a la penumbra, distinguieron hasta una docena de mujeres y hombres tendidos, deslavazados sobre el suelo, con la mirada perdida. Cada poco tiempo alguno de ellos se agitaba como un arbusto atravesado por un animal en fuga, o daba un suspiro, o se ponía a llorar. Luego supe que habían ingerido un bebedizo preparado con *Amanita muscaria*, el hongo rojo con lunares blancos que paraliza a los insectos y libra a los humanos de sí mismos (al menos por un breve intervalo). Mi mano derecha, inquieta, arrancaba puñados de hierba fría y arañaba, acezante, la dura y apretada tierra, como si a tientas buscara el recuerdo de un acto vergonzoso o ridículo, una infamia, una traición o una cobardía. Después se alzaba de nuevo para mostrar la palma a Martina. El aroma de la retama y la lavanda fue interrumpido

* «¡Tanto amar, tanto amar, / mi amor, tanto amar! Enfermaron mis ojos brillantes / y duelen tanto.»

** «¡Piedad, piedad, hermoso mío! Dime: / ¿Por qué tú quieres, ay Dios, matarme?»

por una repentina vaharada de sangre fresca: era de un cervatillo al que un hombre acababa de cortar la garganta. A medida que el aliento vital se derramaba, los grandes ojos del animal se fueron volviendo opacos, negras piedras de ónice lanzadas al vacío.

*Amanu ya habibi,
al-wahsha me no farás.
Bon, becha ma boquilla:
eu sé que no te irás.**

Era la última de las tres viejas, desde otra piedra, cerrando el círculo. Allí mandaban aquellas mujeres, de eso no había duda. Los hombres obedecían y las respetaban como si fuesen castas matronas, damas principales o nobles dueñas, en lugar de lo que a simple vista y sin duda eran: brujas, hechiceras, adoradoras del Maligno, componedoras de filtros amorosos y ungüentos voladores, troteras, remendadoras de virgos y facedoras de auspicios, maldiciones y encantamientos, para los cuales muy pronto le arrancarían el hueso del corazón al ciervo degollado, igual que saqueaban sepulturas y allegaban dientes de ahorcado, uñas y pelo, habas y adelfas, y la indispensable sangre fresca de recién nacidos. Podían volar sobre una escoba, detener la trayectoria de los cuerpos celestes y transformar a cualquiera y a sí mismas en lo que se les antojara, en búho, en asno, en laurel, en corriente de agua, en cerdo o en salamandra.

Nadie avivaba el fuego. Las redomadas viejas permanecían en silencio, como si dormitaran en sus asientos de piedra; los pesados párpados entornados, dejando ver una rendija con un brillo oscuro; las ganchudas narices uniéndose a las barbillas; las sarmentosas manos sobre los muslos. En la oscuridad oí ronquidos, tal vez lamentos, que procedían de cuerpos derribados. Bajo un árbol, uno de ellos orinó en un cuenco de barro y des-

* «Piedad, mi amor, / sola no me dejarás. / Guapo, bésame en la boca: / yo sé que no te irás.»

pués se bebió su pis. Como los siberianos y los indios vedantas, estos medioevales conocían la rara virtud de la *Amanita muscaria*, cuyo principio psicoactivo se conserva intacto en la orina. Entre los antiguos romanos no era infrecuente que los esclavos, en las fiestas, bebieran la orina de sus amos, para lograr la socialización de la narcosis alucinógena. También pude percibir movimientos torpes y repentinos, acalambrados; dos cuerpos que se unían y se agitaban con breves y violentas embestidas, acompañadas de gemidos sofocados, sin besos ni caricias ni expresiones vocales, sin más trámite que apartar un trozo de paño ni otra consecuencia que un resoplido, una tos, un ruido de gozne de puerta al abrirse o al cerrarse y un nuevo cambio de postura. Aquellos seres silvestres se conducían como animales de corral, pero no nos engañemos: aún faltaban siglos para la aparición del cine, que nos enseñó a todos a cerrar los ojos para besarnos, a susurrar y suspirar, y a acariciarnos para intercambiar sentimientos como cromos repetidos. Los medioevales, según pude comprobar, podían darse mordiscos, pero jamás serían capaces de aguantar tantísimo tiempo besándose sin abrir los ojos, como hacen mis testarudos contemporáneos. Por lo que iba viendo, se apretaban unos contra otros como niños que se cogen de la mano para espantar el miedo.

Miraba a Martina dormida. Su corazón latía a una velocidad excesiva, como el de un pequeño animalito en peligro, escondido entre las jaras. Sabía, porque Antón Sánchez lo sabía, que la vida de todas las criaturas tiene la misma duración: el mismo número de latidos. Si los pájaros viven menos tiempo que los elefantes es porque su corazón late más deprisa y alcanza mucho antes la misma cantidad de pulsaciones. Cada vez que nos asustamos, cuando nos impacientamos, al agitarnos o al ver desnudo el cuerpo amado, perdemos tiempo de vida, aceleramos el fin. A veces vale la pena. A veces aquel que ama, él mismo se ata e se mata, se hace de señor siervo. E segund ponen los auctores de medecina, la luxuria es causa eficiente e final de debilitar el humano cuerpo. Si permanecía contemplando la curva de la cadera de Martina, podía consumir en pocos

momentos varios meses, años quizá de mi existencia, de modo que me puse en pie. ¿Era bella Martina? ¿O la belleza era una solución de compromiso que, en 1453, todavía no se había alcanzado; un término medio, por así decir, entre la carne y el espíritu?

Al otro lado de los robles vi el cuerpo sin vida del cervatillo, abierto en canal para facilitar la lectura de sus entrañas, y a las tres brujas que, aparecieron de pronto y me rodearon dando brincos y aullidos. No parecían habitantes de la tierra que sin embargo pisaban.

—Hablad si podéis —les dije.

—¡Salve, Martín! ¡Salve a ti, aplicado estudiante de Selectividad! —me saludó la Bruja número 1.

—¡Salve a ti, Martín, catedrático y crononauta! —añadió la Bruja número 2.

—¡Salve, Martín, redentor de la humanidad! —concluyó la Bruja número 3.

Y se disiparon en el aire, como burbujas que estallaran, y me dejaron solo, con el corazón encogido por el miedo.

Me sorprendió que hubieran usado mi nombre, el del muchacho que seguía muriendo bajo el puente, en lugar de dirigirse a Antón, cuyo cuerpo tenían ante sus ojos.

¿Por qué me habían llamado tales cosas? Salvo la primera, que no podía negar que era mi condición (al menos en el último cuarto del siglo XX), y parte de lo dicho por la Bruja número 2, puesto que estaba viajando en el tiempo, ¿qué significaban las demás? ¿Eran acaso pronosticaciones? Los funestos augurios de aquellas tres Parcas, recién leídos en los torcidos renglones del intestino de un ciervo, ¿dejaban a la vista las costuras de mi destino singular?

Ahora resulta fácil verlo, porque en efecto gané la cátedra por oposición y también navegué a menudo por el mar del tiempo, donde me he convertido en ese piloto que, como Palinuro, pronto tendrá que caer al agua, para que los demás vuelvan a la vida tras la restauración de los cielos.

Trepé a un montículo y pude vaciar la vejiga en lo que re-

sultó ser la divisoria de aguas, puesto que regatos de mi caudalosa orina se precipitaron a la vez por ambas vertientes.

De vuelta al campamento o vivaque,* vi a las tres viejas de nuevo en sus piedras, inmóviles, petrificadas ellas mismas, como si nunca hubieran consultado el legible cervatillo ni danzado en corro ni me hubieran saludado con salves y amenazadores augurios. Me acosté al lado de Martina y la abracé con torpeza. Sentí en mi mano abierta el suave temblor de su corazón, cada vez más pausado, en tanto que el mío se desbocaba, a galope tendido, retumbando en mi pecho con el estruendo que sólo podía anunciar la presencia, cada vez más cerca, de la eternidad.

¿Por qué había huido Antón al monte? Por más que interrogué a sus filamentos nerviosos, no obtuve respuesta, así que me convencí de que él tampoco la conocía, sino que actuaba en defensa propia, aunque bajo el influjo de ciertas canciones y determinados juglares.

En un punto, sin embargo, nuestros nervios se hallaban tan entrecosidos que formaban una sola voluntad: la que movió mi mano recorriendo la curva de la cadera de Martina.

Recibí como respuesta un rodillazo y una mirada de través, seguida sin embargo de una alegre risotada.

—Ya non es tiempo de yazer al sol —me dijo.**

Se debía de haber cometido uno de esos amaneceres castellanos amaratados y casi subrepticios, de los que a nadie se podía culpar, porque ya habían sido eliminados los indicios y

* Así me dije, sin ánimo de ocultarle nada a Antón, que no podía conocer un término que hasta el siglo XVIII no le prestaría el francés a nuestra lengua.

** Sólo mucho después supe que estaba recitando la *Dança General de la Muerte*, en la que la Muerte repite de forma obsesiva a los mortales que «ya non es tiempo»: Ya non es tiempo de yazer al sol / con los parroquianos bebiendo del vino.

las pruebas, el rocío y la niebla, y ahora parecía que había sido un accidente, como si no hubiera habido noche ni víctima; y el ciego sol tenía su coartada y testigos de descargo (la retama, la corneja, aquel cirro nuboso en el horizonte), todos dispuestos a declarar que él nunca se había movido de su cénit. Caía a pico la luz, tan vertical que no hacía sombra, y puesto que era mediodía, tenía que haber amanecido, por más que ahora resultarían inconcebibles el rocío de los prados y la niebla suave sobre el agua del río; y aquella despiadada claridad meridiana había adquirido ya los atributos de lo eterno e irremediable, semejante a la perdición de un alma castigada a permanecer para siempre a plena luz (que es el mayor castigo, no obstante el inmerecido prestigio del que goza la apacible y acogedora tiniebla).

Había que levantar el campamento y emprender la marcha, siempre capitaneados por aquellas tres Parcas pavorosas y hieráticas. Íbamos al abrigo de laderas cubiertas de brezo, de pequeños bosques de fresnos o de robles, hacia los piedemontes del Guadarrama. Cerca del río se nos unieron dos hombres, uno ya mayor y otro joven, que habían abandonado el Camino de Santiago, quizá perseguidos por haber asaltado a un peregrino, aunque ellos aseguraron ser juglares. Compartieron con todos sus botas de vino. Por la noche, en un claro del bosque, volvimos a hacer fuego, y en lugar de invocar al Maligno, como tanto deseaba Antón, aquellos egipcianos volvieron a rendir culto a lo que ellos llamaban «el arte».

*Non t'amaray, illa con al-sarti
an taima halbali ma'a qurti.**

Cada vez que le preguntaba a Martina qué era aquello, no obtenía más respuesta que «el arte».

—¿Qué es «el arte»?

—Es cuando vas por el campo y de pronto te acuerdas.

* Años después se me informó de que aquella acrobática proposición aparece en la jarcha n.º 31, que suele traducirse: «No te amaré hasta que no juntes / las ajorcas de mis tobillos con mis pendientes».